

Siesta de una estrella

En un bosque denso, oscuro y silencioso habitaba una solitaria niña de cabello negro. Con sus pies descalzos y sus rodillas raspadas, caminaba por aquel frondoso lugar manejando una seguridad inquebrantable. Cada noche antes de ir a la pequeña cueva en la que vivía, le gustaba bajar hasta el río para escuchar la melodiosa música que este tocaba, además, le encantaba acostarse cerca de ahí para poder ver el cielo, ya que los árboles dejaban colar una vista mágica que constaba de varias estrellas reunidas que alumbraban con un esplendor celestial. Admiraba aquel paisaje con tanto fervor que sus ojos brillaban con la intensidad más pura e inocente, sin embargo había una sensación extraña que de su corazón emanaba, no sabía cómo llamarla pero la percibía de un espeso color verde, ella quería estar también con un grupo y deslumbrar tan cálidamente como aquellos cuerpos celestes lo hacían. Su mirada, ahora triste, se iba apagando hasta quedarse completamente fundida en un sueño, descansando entre nubes y volando por el aire, mientras su alma le rogaba a la luna por compañía.

Se despertó abruptamente, todavía era de noche pero la sensación de tranquilidad que tuvo se había desvanecido, escuchaba pasos y caminadas bastante marcadas que se aproximaban, cada segundo que pasaba era más audible que un grupo grande de personas o animales salvajes se acercaban. Se levantó de un parpadeo, trepó un árbol y se escondió rápidamente en este, minutos más tarde, un grupo de cazadores furtivos había aterrizado en donde ella anteriormente estuvo descansando. Con grandes perros y agresivas armas, revisaron todo el perímetro para ver si algún animal estaba en posición vulnerable para ser cruelmente atrapado por una bala. Uno de los hombres que estaba impaciente, se le ocurrió que si disparaba al azar hacia la copa de los árboles, por descarte le debía tocar la muerte a algún animal que estuviera por ahí, así que se lo comentó a su grupo de compañeros y entre todos comenzaron un concierto de municiones.

La niña se cubría la boca para que no la escucharan llorar, tenía miedo, todo su cuerpo temblaba, sabía que debía quedarse quieta y esperar a que se marcharan, en algún momento tendrían que irse. Después de un tiempo, todo quedó otra vez en silencio, solo se escuchaban unas respiraciones pesadas, pero de un momento a otro, el último cañón se

escuchó. Aquel pequeño cuerpo cayó con tal brusquedad que hasta el cielo se paralizó, los cazadores se acercaron para observar qué tesoro habían conseguido, pero su semblante cambió violentamente, las sonrisas que compartían quedaron en la nada al darse cuenta que el charco de sangre que estaba ahora bajo sus pies le pertenecía a una diminuta y frágil niña, los ojos de todos se conectaron en un pacto y decidieron huir del lugar.

La luna que observaba desde su pesar, le ordenó a las estrellas que bajaran a su rescate. Mientras descendían del cielo adquirirían una forma corpórea, convirtiéndose en seres indescriptibles y magníficos. Una vez llegaron hacia donde yacía el cuerpo de la niña, lo levantaron con tanta delicadez, como si del ala de una mariposa se tratase, y la llevaron consigo al infinito, rescatándola de esta manera, del mundo salvaje y terrenal, protegiéndola, aguardándola y cuidándola para que en algún punto de la vida logre alcanzar su brillo y calidez propia. Ahora, todos conforman una familia e iluminan el camino de personas solitarias para que se encuentren y entre ellas formen un hogar, guiando a las almas a que se unan en un solo corazón y se apoyen durante el día y la noche hasta que lleguen a lo eterno.

Realizado por: Valeria Alejandra Pulido Ocampo. Estudiante de psicología de cuarto semestre.